

MELANCOLIA Y DEPRESION

Sélika Acevedo de Mendilaharsu

Carlos Mendilaharsu

RESUMEN

Se enfocan las depresiones desde un punto de vista psicoanalítico teniendo en cuenta: 1o) Los afectos depresivos en su doble aspecto displacentero y doloroso, el existir penando, considerando la fenomenología y las conceptualizaciones metapsicológicas. 2o) El objeto y su pérdida con el planteo de algunas interrogantes sobre la naturaleza y función de ese objeto, del por qué su pérdida no es seguida por el duelo normal, de cuál es su destino. 3o) En lo histórico individual, la internalización de un vínculo patógeno arcaico que da lugar a un tipo de configuración narcisista donde la indiferenciación self-objeto con determinadas características en una parte del Yo y SuperYo, determina una estructura depresiva de la personalidad. 4o) Las crisis depresivas, señalando las diferencias metapsicológicas entre las crisis psicóticas y neuróticas y sus implicaciones terapéuticas.

SUMMARY

Depressions are focused from the psychoanalytic point of view, taking into account:

1. *Depressive affects.* Their two fold unpleasant and painful aspect; to exist in pain. The phaenomenology and metapsychological conceptualizations of such affects.
2. *The object and its loss.* Some questions concerning the nature and

function of this object; why its loss is not followed by normal mourning. The fate of this loss.

3. *The individual's history.* Internalization of an archaic pathogenous relationship leads to a kind of narcissistic configuration. Lack of self object differentiation with certain ego and superego feature within this narcissistic configuration determines a depressive personality structure.

4. *Depressive crises.* The metapsychological differences between psychotic and neurotic crises and the relevant therapeutical implications.

INTRODUCCION

No es inútil insistir en las dimensiones filosóficas, psicológicas, artísticas y médicas de la melancolía como territorio de reflexión sobre el hombre y la muerte. La melancolía ha estado, en la historia de las ideas, vinculada al pensamiento especulativo como privilegio doloroso de una cierta elite intelectual. "Qui addit scientiam, addit et dolorem"⁽¹⁾. Aristóteles, tomando de Platón el concepto de frenesí superior, ubica allí a los grandes hombres melancólicos. Pero es en la Italia renacentista donde la valoración conjunta de Saturno y la melancolía coincide con el nacimiento de la noción de genio poético y artístico. Cronos, perteneciente a la primera generación divina, padre de los dioses y de los hombres, castra a su padre y devora a sus hijos, da la vida y la muerte. Cronos se une al planeta Saturno, que forma con Venus el par de planetas desfavorables. Mitología y astrología determinan el destino de esos seres desdichados pero también elegidos por su dotes excepcionales: los saturninos.

Starobinski ⁽²⁾ marca el renacimiento como el siglo de oro de la

¹ El que añade conocimiento, añade también dolor. Atribuido a Salomón al final de su vida. Ecclesiastes, 1,18. Biblia sacra vulgatae editions.

melancolía: la meditación humanística reemplaza a la acedía de la vida monástica de la Edad Media. Rafael tenía un temperamento posiblemente melancólico así como Miguel Angel y Durero. Este último elige a la melancolía para ilustrar el drama del artista en busca de la fórmula de la belleza. A los plásticos se unen los hombres de letras con admirables páginas sobre las vivencias melancólicas. Así Novalis en el siglo XVIII en el espectáculo del dolor y de la pena sin esperanza. Posteriormente Flaubert, Amiel... integran una larga lista que en nuestro medio culmina con María Eugenia Vaz Ferreira.

*Corazón que se marchita
en el hueco de mi pecho
como la flor inasible
de algún infranqueable huerto
.....
y dolerme las entrañas
como al árbol de mi cuento.*

La perspectiva médica sobre la melancolía arranca con el aforismo de Hipócrates: "Cuando el temor y la tristeza persisten mucho tiempo es un estado melancólico". La teoría de los humores con la bilis negra dan cuenta de ese penar. Galeno separa la melancolía que responde a la teoría humoral de la hipocondría que ubica en su teoría digestiva. Hasta Esquirol en el siglo XIX se llaman melancólicos a pacientes de muchos tipos. Este distingue el grupo de las locuras parciales o monomanías donde ubica una monomanía triste o lipemanía diferente de una forma expansiva. Luego Kraepelin en 1899 integra la melancolía y la manía en una locura circular, psicosis maníaco depresiva, esencialmente endógena. En esa época se distinguen ya las formas exógenas y la melancolía de involución. El término depresión (introducido por Cullen en el siglo XVIII) va a ser posteriormente el más apropiado para ubicar la melancolía como forma de depresión grave y otras depresiones o cuadros relacionados de estirpe neurótica y formas de depresión crónica donde corresponde discutir el temperamento y el carácter depresivos.

² Starobinski, J. - Recettes éprouvées pour chasser la M'elancolie. Nouvelle Revue de Psychanalyse, No. 32, 1985, p. 31.

El DSM III considera dentro de los trastornos afectivos los trastornos afectivos mayores, los trastornos afectivos bipolares con sintomatología psicótica, los trastornos afectivos específicos (donde ubica el trastorno distímico o neurosis depresiva) y los trastornos afectivos atípicos. El trastorno distímico (neurosis depresiva) es una alteración crónica del estado de ánimo, que se diferencia de los trastornos afectivos mayores por criterios más de índole cuantitativa que estructural.

En psicoanálisis, tanto Abraham como Freud emplean los términos de melancolía y manía pero también, y desde sus primeros trabajos, el de depresión. La tendencia actual de los escritos psicoanalíticos es distinguir las depresiones de estructura psicótica, donde se ubica la melancolía y las depresiones en la esquizofrenia, de otras depresiones de estructura neurótica. A estas dos formas otros autores agregan las depresiones narcisistas (Garbarino) ⁽³⁾, las depresiones en estructuras límites (Kernberg) ⁽⁴⁾.

Desde una perspectiva psicoanalítica las páginas que siguen enfocarán algunos de los muchos problemas que plantean estos cuadros.

³ Garbarino, H. - Duelo del Yo y depresión narcisista. Estudios sobre Narcisismo. Biblioteca Urug. de Psicoanálisis, Vol. 2, 1986, p. 53.

⁴ Kernberg, O.F. - Contributions of Edite .Jacobson. In: Tuttrnan and al. "Obtject and self: a Developmental Approach". Int. Univ. Press, New York, 1934.

1) LOS SENTIMIENTOS DEPRESIVOS. EL PROBLEMA DEL AFECTO.

Si bien la angustia y el dolor son dimensiones inexorables de la condición humana, es en estos cuadros donde alcanzan puntos difícilmente superables. Desde todos los vértices señalados anteriormente se ha privilegiado este estado de vivir penando, el existir doloroso, el afecto displacentero. En las depresiones neuróticas puede estar a veces enmascarado bajo actuaciones sexuales, hetero y homosexuales, bajo síntomas psicósomáticos o hipocondríacos, o por actividades hipomaniacas o trastornos de carácter como mal humor y agresividad. Y es aquí donde se pone a prueba la relación del analista con el dolor mental: en la contratransferencia se revela hasta dónde ha llegado en su propio conocimiento, y cuál es la disponibilidad, llámese holding o de otro modo, que le permitirá no evadirse, negando, rechazando o inversamente sumergiéndose en un vínculo sado-masoquista sin rescate.

¿Cómo es ese afecto displacentero? Aparece bajo muchas formas y con cualidades diversas: como vacío, pozo o abismo, como desesperanza, desamparo y soledad, como empequeñecimiento y desvalorización, como angustia de muerte, como culpa, tristeza y desánimo...

Aunque algo artificialmente, es posible detenerse en alguno de ellos por separado.

EL VACIO

“Es algo que no está, que debía estar y no está, lo que falta...” Las palabras expresan dificultosamente qué es ese vacío y también las imágenes (de caída, de pozo, de abismo), se repiten en su monotonía como si sólo el silencio pudiera dar cuenta de esa pura negatividad, de ese vacío de la existencia.

El sentimiento de vacío, la caída vertical son las formas de la vivencia de la depresión, afirma Janet.

Bachelard (L 'air et les Songes) sostiene que las metáforas de caída, de falta de apoyo son mucho más numerosas en la literatura que las metáforas de ascenso. El miedo de caer es un miedo primitivo y cita a Wallon para quien la agorafobia no es un miedo a encontrar a otros hombres, sino de no encontrar apoyo. Bachelard recuerda a Thomas de Quincey: “Me parecía cada noche... descender en precipicios y abismos sin luz más allá de toda profundidad conocida sin esperanza de no poder remontar jamás... Es la caída marcada por la desesperación y por SU carácter durable... El ser se hunde en su culpa”. Y también a Poe cuando dice: “. ..ese abismo ¿qué es? ¿Cómo distinguir su sombra de la de la tumba?”

“Es a fuerza de trabajo, escribe Flaubert, que llego a huir de mi melancolía nativa pero el viejo fondo reaparece, el viejo fondo que nadie conoce, la herida profunda siempre escondida”.

Y Novalis dentro de su concepción del neptunismo describe la gravedad como un lazo que debe impedir la huída hacia el cielo.

Un paciente dice: “¿Qué sentido tiene vivir así? Para mí no hay nada, sólo un abismo oscuro, me siento pesado, es como vivir en una caverna, en un sótano. Todas las mañanas al despertarme digo ¿para qué? estoy solo en esta angustia que no me deja.”

DESVALORACION, DESAMPARO, DESESPERANZA, SOLEDAD

Como acompañantes constantes del vacío están los sentimientos de

desvalorización, desamparo, desesperanza y soledad. Así dice un hombre en análisis: “De pronto entró en mí como una catástrofe, una especie de rayo que terminó con todo, con todo lo que yo había creído de valor, con el lugar que hasta ahora me había dado importancia y seguridad. Ahora me doy cuenta que no soy nadie, que estoy solo, que no puedo esperar nada de nadie, ni siquiera de Ud.”

Y otra paciente: “Estoy vacía, todo pasó a un segundo plano, todo lo que tengo no vale nada. ¿Por qué depender tanto, esperando que? ¿esperar que mi madre me mirara o no?... ese es el comienzo, yo tan débil, tan dócil y complaciente. Y al mismo tiempo tan crítica, con ese pegoteo y tan hostil. Y seguí siempre dependiendo, aunque yo creía lo contrario, de las monjas, y luego de los compañeros, de la gente del comité... siempre alguien dirigiéndome aunque yo tenía la ilusión de dirigirme yo y luego mi marido... y ahora ya no puedo esperar nada, no valgo nada, no hay nada”.

LA ANGUSTIA

Íntimamente ligada al vacío está la angustia cuya intensidad y cualidad le ha valido en estos cuadros el nombre de angustia de muerte. Son muchos los que han hablado de la angustia. Así los filósofos existencialistas: “La angustia un poder extraño que se apoderó del hombre” (Kierkegaard) o Heidegger: “...en la angustia el hombre se siente en presencia de la nada, frente a la imposibilidad posible de su existencia... la totalidad de la existencia se convierte en algo lábil, accidental y huidizo en el cual la nada misma se presenta en su poder de aniquilación”.

Para Freud la angustia es la reacción frente al peligro de la pérdida: la angustia de muerte es un procesamiento de la angustia de castración. Y añade que el inconsciente no tiene representación de la muerte porque no ha tenido la experiencia de muerte. Lacan retoma la idea de la nada, los límites y la finitud de Heidegger en su teoría de la angustia ante lo real, la falta, el tiempo puro, lo innombrable. El terror sin nombre de Bion así como el temor al derrumbe de Winnicott, aunque dentro de conceptualizaciones teóricas distintas, son denominaciones destinadas a dar cuenta de una angustia temible y temida, de carácter desorganizante cuyo parentesco con el *Hilflosigkeit* freudiano no

puede dejar de señalarse.

LA CULPA

La culpa aparece como una tensión penosa, como un sentimiento de merecer un castigo por algo que se ha hecho. Así como el tiempo de la angustia es un tiempo de espera, de algo a venir, la temporalidad de la culpa está ligada al pasado, a un suceso que ya ha tenido lugar.

Desde Freud se distingue la culpa consciente del sentimiento inconsciente de culpa que se postula por la presencia de fenómenos difíciles de dar cuenta sin ella.

El origen histórico del sentimiento de culpa está en Freud unido a los mitos y a la religión. En el mito de la horda primitiva la muerte del padre satisface el odio de los hijos, pero los sentimientos opuestos de amor y veneración que integran la ambivalencia afectiva llevan al remordimiento y al sentimiento de culpa. Freud adhiere a la teoría del origen del totemismo en la adoración a un sustituto del padre como primera forma de la religión en la historia humana. En Totem y Tabú, el culto de los antepasados y el culto de los muertos derivan del temor y de la culpa por los deseos de muerte que experimenta el viviente. El análisis del tabú puede aclarar la naturaleza de la conciencia moral. La autoacusación y el castigo indisolublemente unidos a la culpa, tan magníficamente ilustrados en la tragedia griega, son testigos de la existencia de esos deseos de muerte, deseos asesinos hacia el objeto que se siente por esa razón faltante.

La relación del sentimiento de culpa con el conflicto edípico, la participación de las pulsiones agresivas y de la pulsión de muerte han sido exhaustivamente estudiadas en la literatura psicoanalítica. Klein, siguiendo a Abraham, la vincula a ataques al objeto primario como envidia primaria al pecho.

Grinberg (⁵) distingue, basándose en la distinción kleiniana de dos tipos de ansiedades, persecutoria y depresiva, dos tipos de culpa persecutoria y depresiva.

Es necesario destacar el hecho que el sentimiento de culpa no es sólo la expresión de un conflicto de ambivalencia, sino que además implica un cierto grado de tolerancia a la misma, lo que a su vez significa también crecimiento y desarrollo emocional.

En nuestra opinión el carácter de la culpa, persecutoria o depresiva, está ligado a la ansiedad que la acompaña. La culpa persecutoria es culpa más ansiedad persecutoria, donde se juegan los temores retaliativos y sometimiento masoquista del yo con fantasías de expiación e ideas de autoacusación. La cualidad de la culpa es un elemento importante para diferenciar las depresiones psicóticas de las que no lo son. En las primeras la culpa es casi únicamente persecutoria. La culpa depresiva es culpa desprovista de esa ansiedad, donde predominan la tristeza y los deseos de reparar características de la ansiedad depresiva. Este tipo de culpa aparece con mayor frecuencia en las depresiones neuróticas, sobre todo en el curso del tratamiento cuando la culpa persecutoria disminuye.

La tristeza es un sentimiento de nostalgia donde la mirada dirigida hacia el pasado busca reencontrar algo que se sintió fuente de paz, seguridad y completad. “Tengo dos tiempos dice una paciente, uno, el de todos, tiempo de hacer cosas y otro mío, el de mi tristeza, tiempo secreto, con esa nostalgia de volver atrás, muy atrás y no poder, no poder recuperar ese tiempo que se escurrió y se gasté, algo irresuelto, algo que no se va a repetir”.

He aquí la referencia penosa a la irreversibilidad del tiempo, al tiempo irrecuperable de la tetradimensionabilidad. (Meltzer)

EL DOLOR

En la situación del nacimiento, dice Freud, no existía objeto alguno que

⁵ Grinberg, L. - Culpa y depresión. Paidós. Buenos Aires, 1963.

podiera echarse de menos y la angustia era la única reacción que podía producirse. Pero luego las repetidas situaciones de satisfacción que crean el objeto de la madre, dan cuenta que en caso de despertarse la necesidad, éste experimente una investidura intensiva que ha de llamarse "añorante". El dolor es la reacción frente a la pérdida del objeto, pérdida ya ocurrida y no peligro de pérdida como en la angustia. Con la intención de caracterizar mejor el dolor, Freud compara en términos económicos el dolor mental con el dolor físico. La intensa investidura de añoranza del objeto perdido crea iguales condiciones económicas que la investidura de dolor del lugar lastimado del cuerpo. La representación objeto que recibe de la necesidad una elevada investidura desempeña el papel del lugar del cuerpo investido por el incremento de estímulo. La sensación de displacer en estas condiciones lleva el carácter específico del dolor por el elevado nivel de la investidura y ligazón que debe ser de desasida. La pérdida del objeto provoca dolor por la irrupción de una cantidad inmanejable en el Yo que lo sidera.

Creemos que se pueden señalar dos características de los efectos en el grupo de las depresiones: la cualidad displacentera que ya se mareó, cualquiera sea la forma de presentación clínica, y la intensidad anormalmente incrementada que es la que finalmente determina el carácter doloroso, el dolor moral, el sufrimiento psíquico. ¿Cuáles son las razones metapsicológicas de este vivenciar afectivo?

Es evidente la insuficiencia de la segunda teoría de los afectos (Freud) que considera los mismos como procesos de descarga. El continuum de los afectos constituye un abanico que va desde los ataques afectivos masivos hasta las simples señales. En el curso del desarrollo y en condiciones normales el Yo que en el origen sufría los afectos en forma pasiva obtiene progresivamente control sobre ellos. Se crean sistemas de control mutuo y los conflictos, dentro de la estructura tripartita lograda, se exteriorizan de un modo que corresponde a afectos moderados y mejor modulados que los precursores afectivos. Si bien dentro de un funcionamiento armónico corresponde considerar los factores económicos en la regulación afectiva (contracargas, neutralización) la falla estructural en el Yo y el Superyo vinculada íntimamente al curso particular y anormal de las relaciones objetales, es la responsable por excelencia del modo vivencial afectivo de las depresiones.

Desde este último punto de vista se puede atribuir el dolor al arrancamiento o desgarramiento que significa para el self la pérdida del objeto con el que no ha logrado nunca una suficiente diferenciación: la pérdida del objeto equivale a una pérdida del self.

2) EL OBJETO Y SU PERDIDA.

Abraham sostuvo que el acceso melancólico es un duelo arcaico y por su lado la teoría freudiana del “Duelo y Melancolía” (6) gira alrededor del proceso de metabolización del objeto perdido. En el centro de la depresión está la pérdida que remite al enfrentamiento inevitable a la incompletud y a la propia finitud.

En relación con el objeto se plantean varias interrogantes: ¿de qué objeto se trata? ¿Por qué su pérdida no es compatible con un duelo normal? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Cuál es su destino? Es un objeto altamente investido. Es siempre interno, a veces también externo. Ya Freud señala la elección de objeto narcisista en la melancolía en 1914. También Freud describió la identificación regresiva con el objeto perdido en la que el objeto toma su lugar en el Yo, con su célebre frase: la sombra del objeto cayó sobre el Yo. Pero este objeto es incorporado con ambivalencia y por esta razón es un objeto denigrado y envilecido. Siempre dentro de la teoría clásica, Abraham, para quien la naturaleza de las relaciones objetales está determinada por la fase del desarrollo libidinal, considera que el punto de fijación de estas afecciones está situado en el nivel anal sádico y oral canibalístico que corresponden a la destrucción del objeto. Aunque tiene en cuenta sobre todo el aspecto pulsional habla también en términos de relaciones de objeto (de desencanto temprano). Y agrega que cuando se pierde el objeto por desengaño u otro mecanismo, éste es destruido y expulsado analmente como un excremento y posteriormente incorporado oralmente.

El material siguiente es demostrativo en esos aspectos:

Paciente de 32 años que hace un cuadro depresivo grave a raíz del nacimiento de un hijo con una malformación congénita, al mismo tiempo que se

⁶ Freud, S. - Mourning and Melancholia, S. E., Vol. 14.

descubre una sordera de la hija mayor, de causa genética familiar. Se presenta con un cuadro de gran abandono físico, descuidada, con un intenso adelgazamiento, anorexia, insomnio, gran angustia que ella califica de angustia de muerte. Es medicada y seguida en tratamiento psicoanalítico trayendo algún tiempo después el sueño siguiente:

“Yo formaba parte de una familia pordiosera pero que había logrado juntando basura cierto status. Yo estaba vestida con harapos, rotosa, sucia, con barro. Y en otra escena hay una gran mesa llena de comida, gran lujo, candelabros de plata y yo con un vestido rojo me paseo entre los invitados”. Asocia: “Me gustaría cambiarme de ropa, estar sana, tranquila. La mujer pordiosera me hace acordar a una mujer en la puerta de la iglesia que me pidió limosna, muy pobre. La vi comiendo un pedazo de algo, no sé qué, carne o algo oscuro, con las manos mugrientas, las uñas largas, sucias... La sordera de la nena, no habla, un diente no le sale y la cicatriz de la operación del nene, todo lo que tengo está mal-formado, es todo basura”. “La mujer de rojo me hace pensar en el cuento de la peste de Poe, todos iban a morir, los iba a matar a todos”. Se refiere a “The masque of the Red Death” de Poe, donde la peste aparece en un baile de disfraz.

Ese personaje es ella misma, con ese poder maligno que se atribuye de matar a todos, en un escenario donde también hay elementos de defensa maníaca (el vestido rojo, la fiesta, el lujo).

El modelo digestivo de Abraham da cabida a fantasías y sueños de este tipo que se repiten y persisten en los casos de depresión, de nivel oral (voracidad, demandas insaciables) y anal (retención, suciedad, empobrecimiento, sadismo, masoquismo) y a síntomas somáticos como anorexia y constipación.

La idea primitiva es que eliminar un objeto o perderlo equivale a la defecación y el proyecto de introyección tiene el carácter de una incorporación física por la boca. Pero introyectar de esta manera permite conservar el objeto y establecerlo en el Yo. La incorporación con ambivalencia tiene el carácter de un amor destructivo. En el deseo de comer excrementos está el impulso canibalístico de devorar el objeto de amor asesinado que en esta forma no se pierde.

El orfismo que inspiró a filósofos como Pitágoras y Platón tenía una doctrina del pecado original. El alma era encerrada en el cuerpo como en una tumba o prisión por una falta muy antigua cometida por los Titanes, ancestros de los hombres que habían matado al dios Zagreus. El sacrificio primitivo del dios generalmente acompañado de su incorporación se perpetuó en los ritos helénicos con el surgimiento de numerosas leyendas.

En las depresiones de ambivalencia y el amor destructivo hacen que el proceso no termine con la incorporación sino que la hostilidad una vez dirigida hacia él, ahora hace al yo el blanco de los ataques. El objeto asesinado-conservado-momificado, que recibió el nombre de objeto muerto-vivo por Baranger, como objeto muerto para los vivos, vivo para los muertos, continúa su existencia intrapsíquica en el centro de un combate. El objeto se mantiene como si fuera un cuerpo extraño no asimilado en la economía emocional intrapsíquica y el esfuerzo de expulsar ese introyecto, absorbe gran parte de la energía psíquica. Las autoacusaciones del melancólico están dirigidas al objeto introyectado en el Yo.

En el cuento titulado “Batalla entre la muerte y la noche”, Víctor Hugo describe el asalto de los cuervos al cuerpo de un contrabandista colgado, alquitranado a la usanza de la época en Inglaterra. Extractamos algunos fragmentos:

“El muerto parecía preso de una vida monstruosa... tenía sobresaltos, accesos de cólera, iba, venía, subía, bajaba, rechazando la colmena diseminada... como tomado por la locura bajo esa jauría de picos, multiplicaba en el vacío sus golpes ciegos semejantes a los golpes de una piedra ligada a una honda... Aterrorizador suplicio continuando después de la vida”.

Estos fragmentos nos dan una excelente ilustración del combate fantasmático en el mundo interno y el carácter necrofágico devorador del mismo. Los pájaros o mejor sus picos, representan los ataques del Superyo. Si los pájaros logran destruirlo el combate termina. Si no, continúa y la lucha es larga porque el cuerpo está conservado bajo esa capa de alquitrán. Los picos

lo destruyen devorándolo: ya está muerto pero la apariencia es de vida en esa lucha sádica.

Freud descubrió el Superyó precisamente en la melancolía (1914) aunque no lo llamó así en ese momento. Su carácter sádico fue explicado en términos pulsionales, como puro cultivo de las pulsiones de muerte (1923) y no en términos de relaciones de objeto.

Desde entonces está casi unánimemente aceptado el conflicto intersistémico Yo Superyo en las depresiones. Como luego veremos, en la teoría kleiniana el Superyo en esas afecciones retiene las características del Superyo precoz infantil. Otros autores, especialmente de la escuela estructuralista americana, hablan de precursores del Superyo en la melancolía y depresiones, desde luego dentro de una línea genética distinta de la kleiniana, haciendo hincapié en las identificaciones e introyecciones del período pregenital y pre-edípico.

3) LA ESTRUCTURA DEPRESIVA

Volvemos a la pregunta formulada anteriormente: ¿por qué el paciente depresivo no puede hacer el duelo habitual, por qué maneja así la pérdida?

A diferencia de Freud en "Duelo y Melancolía, Abraham se dirigió a la historia infantil y dio gran valor a la decepción edípica precoz y aún anterior en el período del destete con la madre pre-edípica. La ambivalencia, la acentuación del erotismo oral y el papel de la agresión fueron ampliamente tratados en la teoría clásica. El factor somático fue considerado por la mayoría de los autores psicoanalíticos inclusive por el mismo Freud.

M. Klein en su teoría de las posiciones, considera en las depresiones el curso perturbado de la posición depresiva infantil con el mantenimiento de mecanismos de la posición esquizoparanoide. Destaca el clivaje y los mecanismos de identificación proyectiva, el predominio de la ansiedad oral, la intensidad del sadismo oral, de la voracidad y la envidia, el odio a los instintos y la dificultad de reparar. Tanto Freud como Klein insisten en la participación del instinto de muerte en las depresiones. A un Yo débil corresponde un Superyo

sádico con las características mencionadas anteriormente.

Ya hemos señalado el concepto freudiano de la elección narcisista de objeto. También en 1924 Freud reserva el nombre de neurosis narcisista, anteriormente más abarcativo, a las depresiones. Weiss también las denomina así. Es evidente que las depresiones no pueden ubicarse fuera del narcisismo: hay un eje narcisista en todas sus formas, inclusive en las no psicóticas.

En los estados narcisistas las relaciones con los objetos introyectados internos son complejas. Tanto Klein como Jacobson consideran la división del self y del objeto y la fusión e identificación del self y del objeto en la depresión, pero difieren en el origen de los procesos de división. Klein (⁷) en 1946, al descubrir la identificación proyectiva, considera el clivaje y la proyección en el objeto externo y la posterior reintroyección de lo que resulta un empobrecimiento del Yo y la fusión entre el self y el objeto. Ambas autoras marcan también las características crueles y sádicas del Superyo pero con diferencias: en Klein, el Superyo en las depresiones retiene las características del Superyo precoz, cuyas figuras idealizadas y perseguidoras se introyectan desde el nacimiento. En Jacobson (⁸) el Superyo normalmente marca la culminación del Edipo tardío freudiano, pero el Superyo depresivo tiene las características pregenitales y pre-edípicas de los precursores del Superyo donde cobran relieve las primeras imágenes sádicas parentales y del self. Aunque estas imágenes son crueles no son malas y por lo tanto son necesitadas. El punto de fijación de las psicosis afectivas y de la esquizofrenia de la edad adulta, estarían en el período de las identificaciones mágicas, donde la refusión defensiva contra las primeras experiencias de separación se mantiene anormalmente dando lugar a las identificaciones psicóticas. Jacobson insiste en la importancia de que la madre prepare la individuación, aún en la más temprana fase del estado simbiótico, evitando así el desarrollo de las relaciones objetales en un nivel narcisista. Pero la desilusión demasiado

⁷ Klein, M. - Notes on some schizoid mechanisms. Developments in psycho-analysis. London, Hogarth, 1952.

⁸ Jacobson, E. - Contribution to the metapsychology of cyclothymic depression in affective disorders, ed. Phyllis Greenacre. New York, Int. Univ. Press, 1953

temprana, cuando los límites entre las imágenes del objeto y del self no están bien establecidas y las relaciones objetales tienen características pre-edípicas narcisistas, lleva a severas alteraciones en el desarrollo posterior de las relaciones objetales y del narcisismo. La regulación de la autovaloración va a depender totalmente del alto valor adjudicado a los objetos de amor con los que se identifica (imágenes parentales idealizadas).

Uno de nosotros decía en un trabajo anterior (⁹) refiriéndose a la historia infantil: Los caminos recorridos en la transferencia permiten llegar regularmente a un pasado que aunque en parte reconstruido en base a inferencias tiene todo el peso de la verdad. Oigamos a una paciente:

“Mi madre se ocupaba de mí en exceso, yo me sentía vigilada, atrapada cuando estaba en casa. Pero recuerdo que si yo le reclamaba no respondía con calma, se desesperaba, se enfermaba, estaba algo así como en el límite de lo que podía dar, era pedirle a la pobre lo que no tenía. Y mi padre se borraba, no se podía contar con él, tenía dificultades para dar, había que rogarle para que me pagara al dentista, al médico, los gastos del colegio”. He aquí una estructura familiar que se repite: madres con tendencia a establecer relaciones duales estrechas, que no favorecen la individuación, con exigencias de amor infantiles que no ofrecen una modalidad vincular estable, sino que alternan la sobreprotección con la dificultad de contener: ¿En la díada madre-niño, dónde ubicar al niño? La oscilación muchas veces brusca e inesperada entre momentos de contención con aspiraciones fusionales, muchas veces devoradoras y asfixiantes con el no poder contener, el dejar caer y el exigir a su vez cuidado y contención, crean un vínculo inseguro, siempre amenazado por la desaparición, dejando el campo libre al vacío y a la falta originales. El padre, muchas veces alejado o ausente, en el fondo es vivido igualmente frágil y delegando al niño el cuidado de la madre. Frecuentemente también se trata de madres fóbricas o depresivas o que se han deprimido en los primeros meses después del nacimiento, o con enfermedades somáticas crónicas, que acentúan más su debilidad. Esta situación lleva al niño a controlar el desarrollo de la agresividad, lógicamente incrementada en esta situación, por el miedo a la destrucción del objeto necesitado y frustrante. Asume entonces precozmente

⁹ Acevedo de Mendilaharsu, S. - Las depresiones en la edad media de la vida. Rev. Psiquiat. Uruguay, 50:175, 1985

roles pseudo-adultos y responsabilidades en un esfuerzo desesperado para evitar la situación de desamparo.

Intrusión o inversamente miedo al abandono por el objeto, por un lado, y miedo al manejo de la agresión, por otro, crean serias dificultades en el desarrollo: gran parte del alcance de una identidad futura se juega alrededor del buen manejo de la agresividad en el período de separación. El niño sacrifica parcialmente su individualidad para proteger y preservar la deficitaria integración de la madre. La introyección de este vínculo patógeno determina una estructuración particular del Yo y de las formaciones ideales. En una parte del Yo toma lugar una configuración narcisista, donde el self y el objeto primario no tienen límites definidos, con intervención de defensas patológicas que perturban los procesos identificatorios normales. Las representaciones malas y desvalorizadas, que se caracterizan por impotencia, indefensión y dependencia de ambos, se integran en el Yo. Concomitantemente los aspectos poderosos, omnipotentes idealizados y sádicos del self y del objeto pasan a constituir el Superyo y el Ideal. La existencia de esta configuración narcisista, en una parte del Yo, resta unidad, firmeza y seguridad al Yo, obstaculizando el desarrollo pleno de las relaciones objetales. Creemos que es la parte del Yo situada fuera de esta organización la que va a explicar las diferencias entre las depresiones psicóticas y las que no lo son. La personalidad se estructura de un modo bastante uniforme: el nivel intelectual es habitualmente alto, existe una tendencia a exigirse y culpabilizarse y siempre que esta culpa no exceda ciertos límites, se logran éxitos en las realizaciones. La particular fragilidad del equilibrio narcisista los hace muy dependientes del amor y de los aportes del objeto externo valorado. En ciertos casos, la agresividad exaltada transitoriamente crea una ilusión de liberación, una pseudoindependencia por períodos, pero la unión primitiva, con el mismo o con nuevos objetos es restablecida rápidamente en un vínculo a menudo cargado con fuertes rasgos sado-masoquistas. Las fantasías de expiación, de castigo por la maldad, de culpa y sufrimiento, se acompañan de exigencias de amor devoradoras y de insatisfacción permanentes. El odio es sentido como una emoción demasiado violenta, no modulada, ni ajustada y a su vez el Yo como incapaz de dirigirlo y dominarlo. La exteriorización de la agresividad *necesaria* es sentida como destruyendo el mundo dejando el campo librado a la falta o indefensión

originales. Con frecuencia se observan rasgos acompañantes de carácter obsesivos, fóbicos o seudoesquizoides. Estos últimos revelan netamente en estos casos su función de formación reactiva. La tendencia a la introversión, las vocaciones religiosas, la preferencia por los diarios íntimos, por los ensayos literarios, han sido señalados por muchos de los que se han ocupado del tema.

Extractamos de Amiel (Diario íntimo) los fragmentos siguientes que ilustran notablemente su carácter depresivo:

“6 de abril de 1861. ¡Cuán vulnerable soy! Si yo fuera padre, cuántas penas podría causarme un hijo. Si fuera esposo, sufriría de mil maneras porque yo necesito mil condiciones para la dicha. La epidermis de mi corazón es muy delgada; tengo la imaginación inquieta; soy fácil a la desesperación y las sensaciones se prolongan en mí demasiado. Lo que pudiera ser, deslustra lo que es; lo que debía ser me impregna de tristeza. La realidad, el presente, lo irreparable, la necesidad, no sólo me repugnan sino que me espantan... Solamente la vida teórica tiene para mí suficiente elasticidad y es inmensa y reparable; la vida práctica me obliga a retroceder... El ideal emponzoña en mí toda posesión imperfecta... el hecho de depender de alguien, es para mí insoportable; pero depender de lo irreparable, de lo arbitrario, de lo imprevisto..., es el infierno”.

La debilidad del Yo y el colapso narcisista que lo amenaza siempre, la intensidad de las emociones, las exigencias del Ideal del Yo, la dependencia del objeto y la ilusión de no depender, el aislamiento de la realidad como defensa, surgen en estas líneas con toda transparencia. Y también en estos fragmentos:

“Toda emoción penosa, toda sensación un poco fuerte, toda tensión de la voluntad, de la vista o del oído son excesivas para mis fuerzas actuales. He amado demasiado la vida del pensamiento, he hecho excesivamente de ella mi reflejo, mi asilo, mi retiro; era un poco mi ídolo secreto, y ahora se destroza”. Y en una llamada al pie de página agrega:

“Entre la alegría y yo pasa siempre una sombra”. “. ..yo, a quien la soledad devora y destruye, me encierro en la soledad y tengo el aire de no hallarme a gusto sino conmigo mismo y de bastarme a mí mismo... La altivez y el pudor

del alma, la timidez del corazón, me han hecho violentar todos mis instintos, invertir absolutamente mi vida. He evitado siempre en realidad todo lo que me atraía, y huido de todo lo que más me agradaba. No me asombra el ser impenetrable; el instinto de suicidio se ha identificado en mí con el instinto de conservación y he vuelto eternamente la espalda a aquel punto donde secretamente he querido ir. La falsa vergüenza, ese compuesto de pudor, de orgullo, de desconfianza, se ha convertido en hábito, en temperamento, en una segunda naturaleza y ya no soy más que un pobre vergonzoso, que se avergüenza de pedir, de mentir, de humillarse, hasta de sufrir y de luchar para salir de su miseria. La humillación es pues mi angustia, porque la dependencia es lo esencial de la humillación. No sé depender ni puedo depender sino de lo que amo. La simpatía es el principio de mi vida; pero desde el momento en que no siento ya simpatía, desde el momento en que ya no amo, me desinflo como un globo pinchado... Haber pasado la vida forjándome una coraza, un blindaje de indiferencia para llegar a esta vulnerabilidad!”.

La severidad del Superyo se muestra en estas líneas:

“23 de mayo de 1849. Haz que Dios descienda hasta ti, embalsámate con él por anticipado, y labra en tu alma un templo al Espíritu Santo. Practica las buenas obras y haz dichosos a los demás. No sientas ambición personal y así te consolarás de vivir que de morir, venga lo que viniere

“23 de mayo de 1855. Espantoso peligro: y ese abismo está en nosotros; esa sima abierta como la amplia boca de la serpiente infernal, que quiere devorarme, es el fondo de nuestro ser... nuestro único talismán es la fuerza moral reunida sobre su centro, la conciencia, llamita inextinguible cuya luz se llama Deber y cuyo calor se intitula Amor... La fe en Dios, en un Dios santo, misericordioso y paternal, es el divino rayo que enciende esa llama... El cielo, el infierno y los mundos residen en nosotros. El hombre es el gran abismo”.

Desde Abraham se señala la relación entre las estructuras obsesivas y depresivas: la intensidad de la ambivalencia, la severidad del Superyo, el manejo del tiempo que hace vivir en una falsa anticipación de la muerte, en un tiempo detenido del pasado, son comunes a las dos situaciones.

“17 de julio de 1859. ¿Por qué no habla usted de sí mismo mas que en tiempo pasado? me pregunta L.H. Parece como si estuviese usted muerto. En efecto, respondí, no tengo presente ni porvenir... Es realmente una prueba de mi debilidad y de mi ruina moral esta tendencia de viejo a no vivir más que de recuerdos retrospectivos, a no tener propósitos y a prescindir de proyectos... En realidad tienes miedo a vivir; querer es para tí un suplicio, actuar una agonía y te esfuerzas a toda costa en dormir”.

“9 de agosto de 1859. ...Si nada es inmortal en nosotros, ¡cuán poco vale nuestra vida!...”

“15 de abril de 1867 (siete de la mañana). ... ¡Melancolía, Languidez! ¡Laxitud! Me siento invadido por el deseo del sueño profundo; pero ese deseo es combatido por la necesidad de un sacrificio sostenido, heroico. ¿No son éstas las dos maneras que tiene el hombre de escapar de sí mismo? Dormir o entregarse para morir al propio Yo; tal es el voto de mi corazón. ¡Pobre corazón!”

Hemos señalado anteriormente en la estructura depresiva el control de la agresividad y la dificultad de reparar. Los esfuerzos realizados en ese sentido están presentes bajo múltiples formas, desde el cuidado de la casa hasta la elección de la carrera o el trabajo. Estos pasajes de Amiel revelan estos aspectos:

“17 de mayo de 1868 (once de la mañana). ... Eres débil de corazón como una mujer... Tienes arranques, pero no confianza en tus arranques. No puedes soportar la idea de hacer sufrir a quien te ama, ni el pensamiento de una humillación, ni la perspectiva de un pesar, de un remordimiento, de un arrepentimiento... El hombre compartido atrae el rayo y las desdichas, y como los presiento, se aleja de las aventuras y no se decide a abandonar el puerto”.

Amiel expresa aquí el manejo temeroso de la agresividad y el aislamiento como medida protectora. Y en este otro pasaje la reparación:

“16 de agosto de 1869. Meditación con Schopenhauer: Estoy admirado y casi asustado al ver que represento con tanta semejanza al hombre de Schopenhauer. ‘Que la dicha es una quimera y el sufrimiento una realidad; que la negación de la voluntad y el deseo es el único camino de la liberación; que la vida individual es una miseria cuya contemplación impersonal es el único camino de libertad, etc.’ Pero el principio de la vida como mal y de la nada como bien es la base del sistema, y yo no he osado pronunciar este axioma de una manera general, aun cuando lo admita para tales o cuales individuos.

Lo que todavía me agrada, en el misántropo de Francfort, es su antipatía por los prejuicios vulgares, por los estribillos europeos, por las hipocresías de los occidentales y por la moda triunfante... su principal defecto es la sequedad completa, el egoísmo entero y altivo, la adoración del genio y la indiferencia universal, aun cuando enseñe la resignación y la abnegación. Lo que le falta es la simpatía, la humanidad y el amor.

Y en esto reconozco nuestra desemejanza. Por la pura inteligencia y por el trabajo solitario llegaría yo fácilmente a su punto de vista; pero desde el momento que se llama a mi corazón creo que la contemplación es insostenible. La compasión, la bondad, la caridad y la abnegación, reivindican sus derechos y aún ocupan el primer puesto...”

4) LAS CRISIS DEPRESIVAS.

En ocasión de una nueva pérdida se pone en marcha un proceso regresivo que devela la configuración relacional que describimos anteriormente. Las características del Yo, ya señaladas, no le permiten manejar la situación sin regresar y lo que se repite entonces es el modelo o modo arcaico de enfrentarla. La pérdida del objeto se siente inseparable de la pérdida del self y sus representaciones desvalorizadas son atacadas por el Superyo arcaico idealizado y sádico donde se ubican los aspectos idealizados crueles y omnipotentes del objeto y del self. Y es aquí donde surgen a nuestro juicio las diferencias más notorias entre las depresiones psicóticas (melancolías) y las depresiones neuróticas. En las depresiones neuróticas, la lucha con el objeto amado-odiado introyectado no compromete todo el aparato mental y esto

porque una parte más o menos importante del Yo sigue funcionando adecuadamente y el investimento de los objetos en otras áreas se mantiene. Hemos dicho anteriormente que en el curso del desarrollo una parte del Yo distinta de la configuración narcisista patológica ha proseguido su desarrollo con una adecuada evolución e integración de los objetos parciales y totales, de las imágenes buenas y malas de los objetos y del self, de las identificaciones edípicas y postedípicas con un crecimiento paralelo del Superyo y del Ideal. La hetero y autodestructividad, las conductas masoquistas y sádicas no adquieren relieve y los sentimientos de soledad, abandono, así como la desvalorización y la culpa que reflejan las presiones superyoicas y del Ideal, son más tolerables.

Una forma particularmente frecuente dentro de las depresiones neuróticas corresponde a las depresiones de la edad media de la vida. (Fue Elliot Jaques el que primero enfatizó lo que llamó crisis de la edad media de la vida y la actitud del hombre en ese tiempo ante la muerte). Ese es un momento de confluencia de situaciones de pérdida, de balances de prueba de realidad para los sueños infantiles y adolescentes de realizaciones ideales y grandiosas, de iniciación de las curvas de declinación y belleza corporales, de los logros amorosos y sexuales, de intensificación de las pérdidas reales: muerte de los padres, crecimiento o alejamiento de los hijos. Si bien estas formas pueden adquirir, ocasionalmente, mayor gravedad, nunca desinvisten el mundo externo ni adquieren la-s características psicóticas que imponen las modificaciones técnicas consiguientes. Hemos observado con cierta frecuencia ideas obsesivas o fobias obsesivas encubriendo una depresión. El deseo de muerte es manejado habitualmente en la fantasía, el suicidio buscado conscientemente se ve raramente y, en general, en la cura hay que estar más atento a la posibilidad de actos destructivos inconscientes.

En las depresiones psicóticas (melancolía) consideramos que la zona de influencia de la organización narcisista patológica ha sido mayor, comprometiendo mucho más las estructuras Yoica y Superyoica. Las sucesivas elecciones de objeto en el curso de la vida están marcadas por el mismo carácter narcisista del vínculo con los objetos primarios, lo que indica netamente la intensidad de la compulsión de repetición. Las demandas orales

excesivas y agresivas exigen objetos sustitutivos idealizados que puedan completar y complementar al sujeto valorándolo. Llenan este objetivo un nuevo vínculo de amor, una nueva actividad, un nuevo auto, un viaje... Hasta que la vulnerabilidad y la sensibilidad a la frustración y al desengaño destruyen la relación y la imagen del self que participa, reestableciéndose el estado de insatisfacción de base y la entrada en la nueva crisis depresiva. El desarrollo defectuoso del Yo y del Superyo cargados de caracteres pregenitales, favorece el proceso regresivo masivo. En la lucha entre el Yo y el Superyo está inmerso *todo* el psiquismo, lo que da cuenta de las autoacusaciones delirantes, de la intensidad de la culpa persecutoria, del colapso narcisista de la personalidad que compromete en alto grado la autovaloración y autoestima, de la intensidad de la inhibición psíquica y física, del masoquismo del Yo que se somete a las críticas y ataques del poderoso y cruel Superyo como forma de lograr nuevamente el amor que lo haría a su vez nuevamente poderoso y valorado, del deseo y búsqueda de la muerte.

Es necesario señalar que aún en estas condiciones de funcionamiento anormal se mantiene la estructura tripartita y la cohesión de la propia organización narcisista, hecho que marca la diferencia con la máscara melancólica de la esquizofrenia o las melancolías delirantes donde la fragmentación de las estructuras narcisistas, la destrucción de las relaciones objetales internalizadas y la reorganización de estos fragmentos en nuevas unidades, desintegran el Yo y el Superyo. Estas diferencias estructurales explican que, si bien la cura analítica clásica pueda ser el método único o privilegiado de tratamiento de las crisis depresivas neuróticas o del carácter depresivo fuera de las crisis, no lo puede ser en una depresión psicótica que exige el tratamiento coordinado terapéutico y medicamentoso, con el uso de amplios parámetros de técnica, con abordaje familiar, en un medio físico controlado, que evite el acting out destructivo.